

GÖRAN THERBORN

EL MUNDO

una guía para principiantes



OCEANO

INTRODUCCIÓN: LA HUMANIDAD Y SU MUNDO



La sociedad y la historia humanas sólo pueden entenderse por sus contradicciones. El siglo XX fue homicida, el peor desde el XVI y la conquista europea de América, así como el de mayor crecimiento demográfico neto. Produjo el peor racismo genocida de la historia, y nos dejó como legado el conocimiento de que la humanidad existe en un mundo común, finito.

Los derechos humanos, la internet, la “globalización” y el Protocolo de Kioto –productos todos ellos del último cuarto del siglo pasado– abrieron un nuevo horizonte de comprensión y acción social, es decir, de la humanidad y su mundo. Aunque seguimos siendo chinos o estadounidenses, musulmanes o hindúes, trabajadores o banqueros, africanos o europeos, jóvenes o viejos, también nos hemos convertido en miembros de una humanidad común con interés en el mismo planeta.

Ésa fue una extraordinaria confluencia de acontecimientos. La Declaración Universal de los Derechos Humanos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), de 1948, en pleno posfacismo, fue una publicación de vanguardia con poca importancia durante mucho tiempo. Su afirmación de la libertad para casarse (o no), por ejemplo, fue sistemáticamente violada en la mayor parte de África, Asia y Estados Unidos (matrimonios interraciales), y a menudo, asimismo, en el resto de América y en Europa oriental, aunque aquí una ley reciente había librado a los jóvenes del control de sus padres, al menos formalmente. Los derechos humanos comenzaron a emerger como tema serio en la década de 1960, gracias a Amnistía Internacional, aunque no llegaron a la corriente geopolítica dominante hasta mediados de la de 1970. Las potencias occidentales los incluyeron en los Acuerdos de Helsinki, de 1975, en los que se reconocieron las fronteras europeas posteriores a la segunda guerra mundial, cruciales para los polacos y casi todos los europeos orientales, comunistas o anticomunistas. En América, los derechos humanos también se volvieron un tema clave en la segunda mitad de los años setenta. En América Latina se convirtieron en una defensa en la derrota, después de que todos los intentos de cambio social progresista (fuera de Cuba) habían sido aplastados por dictaduras militares. En Estados Unidos hubo, por una vez, una resonancia positiva durante el gobierno

de Carter. El imprevisto entrelazamiento de la diplomacia de la guerra fría y del reconocimiento estadounidense de los derechos humanos en América los volvió inamovibles en la agenda política internacional, aceptados incluso por los gobiernos de Reagan y los dos Bush, que los contravenían.

Segmentos de la humanidad han estado en contacto global entre sí, o al menos transcontinental, transoceánico, desde mucho tiempo atrás. La antigua Roma e India tuvieron vínculos comerciales hace dos mil años, lo mismo que India y China. La incursión de Alejandro de Macedonia en Asia central hace dos mil trescientos años se advierte en las estatuas de Buda de estilo griego en el Museo Británico. Lo nuevo es ahora la masa del contacto, y el contacto de masas, el volumen de viajes y comunicación personal. La televisión global vía satélite emergió a gran escala en la década de 1980. La internet se hizo pública en 1991. El chateo y las asociaciones globales para el intercambio de fotografías aparecieron en la década de 2000, y pronto contaron con decenas, si no es que centenas, de millones de afiliados en todo el mundo. La Red y los satélites llegan ahora a casi todos los rincones del planeta, cuando en los años ochenta, a mediados de mi vida profesional, era casi imposible mantener correspondencia con colegas en Italia, a causa del lamentable estado del correo italiano.

Al terminar la guerra fría, "globalización" se convirtió en el concepto social más popular, y su uso hizo explosión en el decenio de 1990. Captó los espíritus de la época, en plural, porque tuvo vibraciones tanto positivas como negativas. En ambos casos aludía principalmente a la extensión global de lo ya existente, sobre todo capital y mercados, aunque también culturas. El cambio social había dejado de tener contenido estructural o cultural, y se había vuelto exclusiva o abrumadoramente espacial. Pero sean cuales fueren las diferencias críticas que puedan tenerse con él, el discurso de la globalización acertó en llamar la atención sobre la nueva interdependencia de la humanidad, por efecto de flujos de capital, cadenas de mercancías, penetración extranjera de mercados nacionales, flujos ascendentes de migración y un intercambio cultural en intensificación y fecundación cruzada.

El entorno planetario de la humanidad salió inicialmente a la luz en 1972, con el libro *Limits to Growth*, publicado por un minúsculo y más bien aristocrático grupo llamado Club de Roma. El concepto tuvo gran resonancia a causa de la crisis petrolera de 1973-1974, tras el rescate estadounidense de Israel en la guerra egipcio-israelí del Ramadán/Yom Kippur, de 1973. La ONU asumió pronto el reto ambiental, con conferencias en Estocolmo en 1972 y en Río de Janeiro en 1992, y con su tentativa de legislación global en el Protocolo de Kioto de 1997. Dada la negativa del Congreso estadounidense de participar en él, de Kioto no salieron muchas acciones concretas, pero la conciencia de un reto ambiental común debido al cambio climático de factura humana aumentó en la década de 2000. El esfuerzo de la ONU en Copenhague, en diciembre de

2009, también fue en gran medida infructuoso en términos de acciones, pero al menos se dio un consenso casi universal de que la humanidad enfrenta un problema ecológico planetario.

Esta es una situación nueva en la historia humana: la conciencia masiva de una humanidad común, directamente interconectada por medios electrónicos, y un objetivo común de la comunicación vía satélite, en el marco de una economía global en un entorno planetario. Entre las elites intelectuales, la visión de la comunidad humana tiene una extensa historia. Tan sólo en la tradición europea, está la “perspectiva del ciudadano del mundo” (*weltbürgerliche Sicht*) de Immanuel Kant y la Ilustración, y antes incluso el universalismo medieval de Dante y la defensa de la humanidad amerindia de Bartolomé de Las Casas en el siglo XVI (véase Bartelson 2009). Pero ésa fue sólo una visión intelectual individual, y a la esperanza de Kant de una “paz perpetua” le siguió la mortandad generalizada de las guerras napoleónicas, última fase de la guerra mundial franco-británica.

El mundo como otredad tiene una larga historia de fascinación de las masas, con sus exploraciones y conquistas. Todos estamos en deuda con el valor tanto intelectual como físico de los grandes geógrafos y cartógrafos, de Estrabón a Mercator y otros; de los grandes viajeros y exploradores, Ibn Batuta, Marco Polo, Zheng He, Fernão de Magalhães, James Cook, Alexander von Humboldt, etcétera, y somos herederos, asimismo, del ambiguo legado de los magnos conquistadores, de Alejandro a Gengis Kan, Hernán Cortés y sus sucesores.

El nuevo reto es comprender (y ser capaces de influir en) este nuevo mundo de una humanidad común. Un comienzo muy elemental es reconocer que la comunidad no necesariamente implica uniformidad ni igualdad. Toda apropiada comprensión de la humanidad contemporánea debería prepararse en cambio para su diversidad y desigualdad, no inferior *a priori* a la de la aldea señorial, la plantación, el sistema de castas de la India o la actual “ciudad global”, todas las cuales manifiestan supuestamente una sociedad común. Pero ésta es sólo una prevención contra la frustrante y frecuente idea de la existencia y condiciones de uniformidad o igualdad. La verdadera tarea comienza apenas.

Para hallar el truco a la humanidad y su mundo, lo mismo para la acción que para la comprensión, debemos saber algo sobre lo siguiente. ¿Por qué somos lo que somos? ¿De dónde proceden nuestras características, conocimientos e ignorancia? Aquí se argumentará que estas preguntas obligan a recurrir a la *geología sociocultural* de una historia perdurable y en capas, examinando los efectos duraderos de las civilizaciones antiguas, las múltiples oleadas de la globalización, los diferentes caminos a la modernidad. Nuestra visión del mundo, nuestras opiniones fundamentales y gustos estéticos, nuestra lengua, nuestros usos y costumbres en las interacciones sociales, nuestra posición política e intereses deportivos provienen por entero de nuestra formación histórica.

En segundo término, ¿por qué nosotros, y los demás, actuamos como actuamos? Sostendré que hay cinco motivos irreductibles de la humanidad que constituyen la *dinámica mundial*. Estos motivos no agotan de ninguna manera la condición humana, pero impulsan el mundo social. Dónde nos llevarán, ni Dios ni la academia lo saben. Pero pueden ser comprendidos, y aprovechados.

En tercer lugar está la *escena mundial* de la geopolítica y la geoeconomía, que es también un espectáculo mediático. Aunque ídolos y celebridades mundiales componen una parte importante de la humanidad actual, aquí nos concentraremos en el reducido conjunto de grandes actores colectivos que dominan el campo del poder mundial.

Después está el *curso de la vida* humana, nuestro tiempo finito en la Tierra. Vivimos de casi siete mil millones de maneras diferentes, pero todos estamos sujetos a un curso vital preprogramado, truncado o extendido, con sus distintas estaciones, retos propios y ritos de transición, del nacimiento y la infancia a la vejez y la muerte. Este curso de vida, y sus probabilidades en las diferentes partes del planeta y en medios socioculturales diferentes, son susceptibles de comprensión y análisis social. Los actuales cursos de vida humanos se apoyan en la base de la geología de la historia, impulsados –o bloqueados– por la dinámica de la escena mundial contemporánea.

Finalmente, evaluaremos por qué hemos llegado donde estamos, y aventuraremos algunas respuestas a una pregunta imposible de contestar: ¿adónde vamos?

CONCLUSIÓN: CÓMO LLEGAMOS AQUÍ Y ADÓNDE VAMOS



No es común que las guías tengan conclusión. Ésta la tiene, a causa en gran medida de que pensarla y escribirla fue toda una experiencia de aprendizaje para su autor. Valiéndome de mis propias investigaciones y las de muchos, muchos otros, esta guía ha intentado reunir un gran número de hilos en un esfuerzo por empezar a entender un mundo que, nos guste o no, nos abarca a todos. El ascenso de la humanidad, o de la humanidad como la sociedad en que vivimos, vuelve imperativo para todos saber cómo apareció este mundo, qué caminos se recorrieron para ello y qué experiencias duraderas dejaron. ¿Qué explica su asombrosa diversidad y su multifacética conectividad?

Ésa no es una historia sencilla, ni corta. Narrarla con suficiente complejidad requeriría habilidades y espacio superiores a los del *Cuarteto de Alejandría*, la serie novelesca de perspectiva múltiple de Lawrence Durrell. Lo que un sociólogo tiende a hacer cuando se ve frente a vastas e intrincadas redes sociales es intentar discernir y sistematizar patrones de interrelaciones e interacciones, de uniones y divisiones, de fuerzas y acción y las repercusiones consecuentes. Normalmente está prevenido contra simples teorías mono u oligocausales, por sofisticada que sea su modelación matemática, y también muy alerta, como los buenos historiadores, al importante, a menudo perdurable, impacto de la contingencia y el azar. Por otro lado, ese impacto no es un camino aleatorio, alegraría un científico social, sino que, a menudo sin saberlo, está inserto en un flujo continuo de dinámica social, que sin embargo, rara vez altera. El triunfo de las tribus árabes sobre el imperio bizantino en la batalla de Yarmuk en 634, el descubrimiento de América por Colón en 1492 o la derrota por Yeltsin de Gorbachov en 1991, por ejemplo, fueron resultados contingentes, pero la expansión musulmana, la conquista europea y el fin del comunismo soviético que siguieron a todo ello impulsaron una reconocible dinámica social en una dirección particular, imprevista pero comprensible.

¿Cómo llegamos aquí?

Páginas atrás identificamos un campo quíntuple de dinámica social humana, de medios de vida o producción —movidos por el aprendizaje, el comercio intercultural y sus conflictos sociales específicos—; de ecología demográfica, es decir, la interacción del desarrollo de la población con el medio ambiente, y de pugnas por prestigio, reconocimiento y respeto, que en las condiciones humanas se han vuelto existenciales y colectivos, no sólo individuales y sexuales. De alguna forma, esos tres motivos dinámicos son comunes a los animales y las poblaciones y sociedades humanas, comunidad que subraya su poder. Exclusivamente humanas son la cultura y la política. La primera significa, sobre todo, la capacidad de usar los símbolos y el lenguaje, y por tanto, de transmitir experiencias aprendidas y preferencias, valores y normas adquiridos. Las culturas engendran modos de persuasión y disuasión. La política implica, más que otra cosa, capacidad de organización colectiva y poder colectivo para alcanzar una meta.

La manera en que estas variables se desarrollaron e interactuaron en sus diferentes entornos naturales dio origen a varias configuraciones humanas multidimensionales, las civilizaciones. Al menos cinco de ellas son hoy grandes áreas socioculturales —y a éstas podrían añadirse muchas otras, menores—: la sínica, la índica, la oesteasiática, la europea (exportada a casi toda América) y la africana subsahariana. Estas civilizaciones se reproducen todavía, aunque en formas mutadas, y sus cosmologías contienen concepciones características del significado e interrelaciones de este mundo, entre este mundo y otros, entre lo sagrado, lo secular y el tabú, así como patrones de familia-sexo-género y valores. Estos elementos influyen en el curso vital de niños y jóvenes, y deciden en gran medida si, y por cuánto tiempo, se dispondrá de un periodo de juventud. Brindan estándares adultos de alta cultura y modelos de acción, a través de la lengua clásica y un canon cultural clásico (en la civilización primordialmente oral de África, más holgadamente definido como una familia de tradiciones y costumbres). Definen el patrón de la vejez. E influyen en la perspectiva después de la muerte.

Pero las civilizaciones son sólo una capa del suelo que pisamos, y su extensión o contracción ha sido determinada por oleadas de globalización, en su amplio sentido transgubernamental, transcultural e intercontinental, aunque no necesariamente de movimientos planetarios. La primera de esas oleadas, de principios del siglo IV a principios del VIII dC, definió los centros de las principales civilizaciones, volviendo a Egipto y Siria árabes, por ejemplo, y creó lo que ahora llamamos las religiones mundiales, desde el cristianismo europeo hasta el budismo esteasiático. La segunda oleada, de fines del siglo XV al XVI, conquistó América para la civilización, religión y lenguas europeas. La actual división lingüística de América se impuso pronto, el español en la mayor parte

de la región, el portugués en Brasil, francés e inglés en el norte. También fue la primera afirmación del poderío naval de larga distancia, que llegó hasta Filipinas, en Asia, y que puso fin a la ofensiva continental de guerreros nómadas, cuya última gran hazaña fue la conquista de India por Babur, habiendo escapado de Samarcanda a Kabul, desde donde lanzó la fundación de la dinastía mogol en India.

Ocurrió entonces la guerra mundial cero, la primera, aún no reconocida como tal, guerra mundial entre Gran Bretaña y Francia, que duró más de medio siglo, desde mediados del XVIII hasta 1815. Esta oleada creó a América del Norte (principalmente) y a India anglófona europeizada, y llevó al ascendente Imperio británico hasta Singapur y Malaca, Ceilán y el Cabo africano. Los franceses no fueron derrotados en todos los frentes. El código napoleónico, el código civil francés de 1804, se exportó a América Latina, Louisiana incluida, así como a la Europa latina, y la finalmente derrotada expedición francesa a Egipto dejó perdurables lazos culturales entre las elites de Francia y Egipto.

La cuarta oleada de globalización fue ocasionada por la conquista francesa de Argelia en 1830, pero en realidad despegó con la victoriosa guerra británica de la década de 1840 para imponer a China la importación de opio de propiedad británica y cultivo indio. Terminó con la matanza interimperialista de 1914-1918. Ésta fue la oleada que creó la división del siglo XX y XXI entre países desarrollados y subdesarrollados, o “en desarrollo”, la que en gran medida sigue gobernando las diferentes trayectorias de vida del mundo, en particular sus posibilidades de sobrevivencia. Fue el periodo del ascenso súbito del capitalismo en Europa, Estados Unidos y otros vástagos europeos. El comercio global impulsó los motores del capitalismo industrial del Atlántico norte, mientras que el antes rico y desarrollado mundo asiático fue derrotado y subdesarrollado. África obtuvo su trazo contemporáneo de fronteras arbitrarias y de lenguas oficiales europeas.

Pese a su ventaja militar, de barcos blindados y ametralladoras, y pese a su conclusión en una carnicería de magnitud sin precedente, puede argumentarse, como suele hacerse en las versiones convencionales, que la cuarta oleada dio un fuerte empuje a la extensión comercial y de flujos de capital, sostenido por nuevos medios de transporte y comunicación. Desde un punto de vista puramente económico, lo que siguió luego de 1918 fue una desglobalización, con un descenso en los flujos de comercio, capital y personas, superado sólo en la década de 1990.

Sin embargo, una nueva oleada de globalización política comenzó con la fundación de la Internacional Comunista, que llevó la revolucionaria política e ideología obrera europea a China, Vietnam y otras partes de Asia, inspirando después movimientos anticoloniales en África así como en Asia. Con el ascenso de partidos políticos revolucionarios, los parámetros de la política cambiaron.

En el otro extremo del espectro político, la política anticomunista se volvió una agenda internacional de derecha, iniciada con las intervenciones extranjeras de diez países contra la naciente Unión Soviética en 1919-1920, y oficialmente consagrada, aunque en forma oblicua, por el Pacto Anti-Comintern de 1936 entre Alemania, Italia y Japón. El ataque japonés contra una pacífica flota estadounidense en Pearl Harbor y contra el sureste asiático británico, y las declaraciones alemana e italiana de guerra contra Estados Unidos produjeron la primera guerra mundial no eurocéntrica. Después de la derrota conjunta de las potencias fascistas, esta guerra globalizada mutó en una guerra fría global, oponiendo a Estados Unidos y sus aliados con la URSS y los suyos.

Aunque muchos de los principales protagonistas de esta quinta oleada política de globalización ya han desaparecido —el Comintern y el “campo socialista” soviético, así como los miembros del Pacto Anti-Comintern—, su legado permanece. Más aún, Europa fue humillada políticamente, perdiendo sus imperios coloniales y su condición de superpotencia, mientras se compensaba con un desarrollo económico muy exitoso. El noreste y sureste asiáticos y sus “milagros” económicos se deben en gran medida a la guerra fría, el reto social del comunismo (que indujo la reforma agraria) y la reacción estadounidense, de mercados de exportación accesibles y enorme gasto regional durante las guerras de Corea y Vietnam, de Japón a Tailandia. El lucrativo comercio sexual en Filipinas y Tailandia también es un obsequio original de las fuerzas armadas estadounidenses.

La experiencia de la guerra fría mantiene divididas a las actuales elites políticas de la UE, pues las nuevas anticomunistas de Europa oriental son mucho más partidarias de Estados Unidos y sus guerras, la de Irak en particular, que sus equivalentes de centroderecha en Europa occidental. Existe asimismo una notable diferencia entre las interpretaciones europea oriental y occidental de la segunda guerra mundial, visible en los desfiles bálticos anuales de veteranos (y familiares) de las Waffen-SS, impensables en el oeste.

La quinta oleada política de globalización fue no sólo de antagonismo mundial. También produjo las primeras instituciones de acción global concertada, la Sociedad de Naciones tras la primera guerra mundial y la Organización de las Naciones Unidas después de la segunda, con sus organismos especializados, la OIT de la antigua Sociedad y la serie de instituciones de propias la ONU, desde la OMS, la FAO, la UNESCO, etcétera, hasta el PNUD. Todas ellas son instituciones importantes de producción de conocimientos, de concientización, y ocasionalmente, como en el caso de la OMS, de políticas públicas y su implementación.

La actual sexta oleada de globalización aún se halla entre nosotros. En la década de 1990 se le caracterizó como la “macdonaldización” del mundo, lo que ahora parece una opinión casi obscenamente frívola y americéntrica (hasta

crítica). Fue impulsada por una nueva dinámica del capitalismo, derivada de la desindustrialización, la revolución electrónica y las finanzas. Hagan lo que hagan con ella los historiadores del futuro, es probable que sobresalgan dos rasgos. Ésta fue la oleada en la que la humanidad se unió socialmente, preocupada por los mismos problemas –derechos humanos, medio ambiente planetario y capitalismo global–, y en la que se conectó en muy alto grado, a través de la televisión vía satélite y la comunicación personal por internet. En segundo término, fue la oleada en la que el mundo empezó a alejarse del Atlántico norte, para volver a sus centros asiáticos premodernos. Las evidencias históricas indican que no es probable que esta sexta oleada sea vista como *sui generis* o única, aunque tampoco debería ignorarse su trascendente significación.

La modernidad es otra capa geológica de la cultura contemporánea. Fuera de su original aplicación estética básica, la modernidad se ha invocado o rechazado en las últimas décadas con muchos significados diferentes. Aquí la hemos entendido no como descripciones/denuncias/homilias más o menos idiosincrásicas, sino como un instrumento analítico para identificar cambios culturales cruciales y sus ramificaciones sociales. La modernidad es interpretada entonces en el sentido de una orientación cultural que reclama autonomía del pasado y de su autoridad y se dirige a la creación de un nuevo futuro, nunca antes visto.

El modernismo realmente existente ha coexistido casi siempre con un respeto selectivo al pasado, quizás en Gran Bretaña como en ninguna otra parte, la pionera de la ciencia empírica moderna y del capitalismo industrial, con su preservada aristocracia terrateniente y sus ritos cortesanos y universitarios medievales. Pocos modernistas deplorarán que la siguiente propuesta del Manifiesto Futurista de 1909 no se haya implementado nunca: “Destruiremos los museos, bibliotecas, academias de toda clase [...]” (Humphreys 1999, 11).

No obstante, dejar de admitir el confinamiento de la sabiduría ancestral fue un paso importante para el desarrollo humano. Como ya señalamos, la modernidad tiene que estudiarse y afirmarse sectorialmente: producción de conocimiento, arte, arquitectura, economía, política. Considerando los virajes políticos como socialmente trascendentes, podemos distinguir cuatro grandes caminos a la modernidad, definidos por sus diferentes constelaciones de fuerzas a favor y en contra. La modernidad nunca fue una evolución inmanente; su emancipación del pasado fue siempre cuestión de discusión y conflicto. Se desarrollaban nuevos significados de los medios de vida, cambiando constelaciones de poder colectivo, y emergían nuevas fuentes de conocimientos.

Cuánto debe Europa su avance moderno a descubrimientos y actividades americanos, nunca previstos por Aristóteles y los otros sabios de la antigüedad, sigue siendo objeto de discusión. Sin embargo, no hay contradicción seria en el aserto de que la modernidad en Europa fue producto de batallas propias,

de la revolución francesa, de las revoluciones inglesas del siglo XVII. Aunque hoy pocos historiadores y sociólogos históricos se atreverían a compendiar esos conflictos internos como revoluciones burguesas, su misma interioridad hizo de "clase" un concepto político sobresaliente en Europa luego de la revolución francesa, reforzado por el desarrollo europeo del capitalismo industrial. Clase e ideologías sociales articuladas, los "ismos", han sido rasgos significativos de la política europea desde siempre, aunque ahora disminuyen en importancia. Aun los "nuevos trabajadores" seguían siendo, en cierto sentido minimalista, trabajadores. La alineación de Iglesias en su contra llevó a la triunfante modernidad europea a generar la parte más secularizada del mundo, y la modernización internalista significó que las autoridades sociales premodernas fueran derrotadas en forma más rotunda que en otros lugares.

Para los "Nuevos Mundos" de colonización europea en el exterior, en contraste, lo otro de la antimodernidad fue siempre exterior, ubicado en la corrupta Europa metropolitana y entre los nativos "salvajes" y los esclavos. Aquí la pregunta no era "¿Qué derechos debe tener el pueblo?", sino "¿Quiénes son el pueblo?". De ahí se desprendió un hiato muy particular entre un discurso político universalista y su interpretación e implementación particularista. El clero estuvo allí del lado de la modernidad independiente, y América sigue siendo un bastión de religiosidad moderna. La clase fue siempre menos sobresaliente en esta retórica política universalista, y las autoridades tradicionales eran, con excepciones regionales, mucho más débiles que en Europa, lo cual hizo posible una política populista, en partes de la América Latina plebeya (rara vez armada). Aun hoy, el sistema político estadounidense, por ejemplo, es más abierto e impredecible que el europeo, respecto a "¿Quién gobernará?" como representante del pueblo, no a "¿Cómo será gobernado el país?".

La ruta del Nuevo Mundo a la modernidad fue de inmigración masiva, inicialmente definida con claridad en términos de raza, pero ahora, tras el fin del racismo institucionalizado, mucho más capaz de manejar los actuales patrones de migración masiva que la antigua emigración de Europa, los modernizadores reactivos con sus políticas de cierre defensivo o los Estados excoloniales abrumados por complejidades étnicas internas. Aunque el Nuevo Mundo de colonos europeos comparte importantes características, entre las diferencias de sus divisiones políticas un país en particular, Estados Unidos, se separó del resto desde la primera mitad del siglo XIX, por el temprano, incondicionado e ininterrumpido éxito de su modernidad, gobierno interno, economía, ecología demográfica de población y espacio y fuerza militar regional. Impulsado por una misión evangelizadora mundial, este Estado de ilimitada seguridad en sí mismo ha concebido el poder mundial como su Destino Manifiesto desde el amanecer del siglo XX.

En la zona excolonial, donde la modernidad se desarrolló desde la identificación con el agresor colonial hasta la rebelión contra él, la división colonial entre amos y nativos continúa reproduciéndose, pese a sus denegaciones oficiales. Los nuevos gobernantes se apoderan de las residencias de los antiguos, y sus Estados usan la lengua oficial y adoptan o corrompen las reglas y prácticas administrativas de los amos coloniales. Pocos países africanos han adoptado una lengua precolonial, aunque Tanzania promueve el swahili, en Pakistán está el urdu y en Bangladesh el bengalí. Pero casi en todos lados, el dominio de la lengua excolonial forma parte de la cultura de la elite. La principal excepción es Indonesia, cuya lengua franca precolonial, el malayo, ha sido elevada a *Bahasa Indonesia*, la lengua nacional indonesia. El sentimiento nacionalista anticolonial sigue siendo un discurso poderoso –lo que se deriva de resentimientos y humillaciones coloniales, pese al hecho de que históricamente hubo varias identificaciones positivas con los gobernantes coloniales, en particular en India–, y los políticos excoloniales suelen ser hábiles para pronunciarlo en varios idiomas.

Clase e ideologías sociales se subdesarrollaron en consecuencia. Mientras que religiones indígenas tradicionales ganaban acreditación como fuente de resistencia anticolonial, el cristianismo misional (en especial) y el islam fueron portadores de concepciones modernas de educación y medicina. No es de sorprender entonces que el camino colonial a la modernidad haya reproducido creencias y prácticas religiosas a escala total, lo que en África incluye magia y brujas negras. Como intrusión externa, la modernidad colonial nunca penetró profunda ni exitosamente las sociedades tradicionales conquistadas. Las más de las veces, se abstuvo deliberadamente de hacerlo, prefiriendo gobernar a través de jefes y rajás locales. En África, con sus Estados débiles, esto ha dejado hoy considerables facultades a los jefes premodernos (Mamdani 1996), lo mismo que en excolonias especialmente conservadoras, como Malasia.

La modernización reactiva desde arriba, ante aguda amenaza euramericana, fue la cuarta principal ruta a la modernidad. Básicamente, equivalió a aprender de los bárbaros amenazadores, a fin de mantenerlos lejos. En el siglo XIX, Japón fue el único país en el que esta ruta realmente tuvo éxito, aunque también otros lograron librarse de amenazas e invasiones colonizadoras –Siam, Afganistán, Abisinia–, mientras que, si bien asediados por muchos buitres rapaces, China y el imperio otomano al menos lograron evitar verse convertidos en colonias. En el siglo XX, los Estados con ingresos petroleros de Arabia Saudita y el Golfo Pérsico constituyeron una segunda oleada de modernización reactiva, aunque muy diferente por depender por completo de la importación de mano de obra. Podría alegarse que las “modernizaciones” capitalistas impulsadas por el liderazgo chino posterior a Mao, y pronto emuladas en Vietnam, componen una tercera oleada de modernización reactiva, movida por el temor a que el Partido Comunista, en el poder, sea socavado por la pobreza nacional.

Como sea, el legado histórico es en este caso una cultura y sociedad integradas pero duales. Integradas, porque eso fue lo que significó el éxito de la modernización reactiva; duales entre una economía política adaptada, incluido su sistema educativo, y, por otro lado, la preservación de prácticas de autoridad y deferencia, de estilo y estética y de creencias y ritual.

¿Adónde vamos?

¿Nuestra historia habrá de seguir siendo relevante? ¿Dónde nos llevará la dinámica mundial?

Respecto a la primera pregunta, una respuesta casi segura es “sí”. Claro que esto es más fácil decirlo en Cambridge –cuyo departamento de estudios clásicos es mucho mayor que el de sociología– que en otras partes. Pero los nuevos institutos culturales chinos en rápida expansión en el mundo toman su nombre de Confucio, quien fue explícitamente ensalzado por un ascendente líder chino en Davos en enero de 2010, e incluso parece que un confucianismo popular se esparce hoy en China, aunque el inoportuno estreno de una película oficiosa sobre él no pudo contra *Avatar*, de Hollywood, a principios de 2010 (*International Herald Tribune*, 29/1/10, p. 16; 2/2/2010, p. 2; Poceski 2009, 254). El primer partido indio en el gobierno, BJP, hoy en día en la oposición, promovió activamente la civilización índica, incluida la enseñanza del sánscrito, y usa profusamente sus largas tradiciones históricas en su retórica política. El Partido del Congreso, actualmente en el gobierno, es secularista y menos tradicionalista, pero no ahistórico.

La religiosidad popular no amaina. El poscomunismo le ha dado impulso en Europa oriental tanto como en Asia del este. En la civilización islámica oesteasiática/norafricana, las tradiciones islámicas, con interpretaciones divergentes, se fortalecen. La civilización africana siempre ha sido más elusiva, pero no hay señales visibles de debilitamiento en ella. Los sistemas de familia africanos han sido socavados por la prolongada crisis económica y la urbanización escapista, pero sus rasgos distintivos –poligamia, pago de un precio por la novia, alta fecundidad, sexualidad expansiva, parentesco extenso, patriarcado– siguen en pie. En general, en 2004 no percibí tendencia alguna de los sistemas de familia-sexo-género del mundo a converger.

La experiencia moderna sigue siendo diferente en el mundo entero. Nuestras naciones-Estado se constituyeron en formas radicalmente distintas, lo que continúa influyendo en nuestras identidades nacionales. Europa seguirá siendo más secular que América, por ejemplo. La autoridad terrenal premoderna y la deferencia seguirán siendo más fuertes en la zona excolonial y los países de modernización reactiva que en Europa o los Nuevos Mundos de la colonización. La clase será todavía mucho más sobresaliente en Europa, como

referencia de identidad y organización, que en otras partes del mundo. La misión estadounidense de “dirigir” al mundo moderno continúa siendo indiscutible para la elite estadounidense.

En suma, la historia permanecerá con nosotros en el futuro próximo. Pero ¿hacia dónde soplan los dinámicos vientos? Podemos resumir perspectivas y posibilidades discernibles en cinco rubros.

Primero, podemos ver el fin de la emancipación modernista respecto de las estrictas restricciones naturales que elevó los parámetros de la ecología demográfica humana. O, más bien, ya experimentamos sus límites, y los riesgos y costos del orgullo de pisotearlos. Al mismo tiempo, las posibilidades del cuerpo humano parecen ampliarse.

La revolución verde asiática se ha agotado, y la agricultura india, el medio de subsistencia de dos tercios de la población india, se halla bajo creciente presión, del persistente descenso de una ya baja proporción entre tierra y población, suelos desolados y escasez de agua. Nadie sabe cómo alimentará África a su población, la cual no cesa de crecer rápidamente, aunque un salto tecnológico podría hacer una gran diferencia ahí, en su aún abundante tierra, ahora vendida, sin embargo, a inversionistas extranjeros con intereses propios de seguridad en alimentos. En 2008, la ONU proyectó que la población nigeriana casi se duplicará para 2050, a doscientos ochenta y nueve millones de personas, y la ugandesa se triplicará, a noventa millones. El cambio climático, de más turbulencia así como de calentamiento, pende como una nube sobre el planeta, si bien en forma más amenazadora aún sobre los lugares más pobres, como sequía en la franja de sabanas de África e inundaciones en el delta de Bangladesh. El clima global se ha vuelto agenda política, pero en mucha menor medida objeto de acción global. Un empalme minimalista parece el curso futuro más probable.

En otros aspectos, es posible que la demografía sea sometida a aún mayor control humano, gracias a la biomedicina. Los cursos de vida humanos podrían prolongarse, y menos personas ver interrumpido su curso cuando bebés y niñas. Es probable que más tipos de cáncer se vuelvan fáciles de tratar, como lo son ya el de mama y próstata. Ahora la fecundidad no es sólo controlada, sino también creada. La ingeniería genética y la cirugía cosmética tenderán a determinar aún más el cuerpo humano.

En segundo lugar, en lo económico vivimos las repercusiones –¿o suspensión?– de la dialéctica marxiana sistémica del capitalismo y su tendencia a la colectivización de los medios de producción y fortalecimiento del trabajo. El diario conflicto de clase del capitalismo y su dialéctica siguen siendo un rasgo central de este siglo.

Una apuesta segura para la próxima década es que el capitalismo continuará siendo el modo de subsistencia o producción dominante en la Tierra. Sí, el imperio directo del capital es más limitado de lo que suele pensarse. Como

se indicó en la tabla 4.5 y sus comentarios, a lo sumo cuarenta por ciento de la población trabajadora humana opera hoy en el marco de relaciones laborales capitalistas. También hay autoempleo, asistencia familiar (usualmente patriarcal) y servicio público. Pero la dinámica económica se deriva del capitalismo, y la crisis financiera de 2008-2009 despertó mucha cólera contra financieros y banqueros, pero pocas protestas anticapitalistas y ninguna ideología o movimiento alternativo. Al contrario, la suscripción de las alternativas latinoamericanas de escala relativamente pequeña, de la Venezuela chavista, se vio muy debilitada por la caída de los precios del petróleo.

En el futuro discernible, las perspectivas del capitalismo se decidirán en China. El resultado no está predeterminado. El Estado del Partido Comunista aún está retóricamente comprometido con el “socialismo”, y tiene capacidad política para conducir al país por un nuevo camino. Pero sólo lo hará en una de dos condiciones: que un viraje no capitalista se perciba como un camino más promisorio de riqueza y/o poder nacional, o que conflictos sociales generados por el capitalismo amenacen seriamente la unidad y poder de la nación. La primera condición es de improbable arribo futuro. Ya vimos que la trayectoria marxista de creciente desajuste o “contradicción” entre las fuerzas de producción y las relaciones capitalistas de producción privadas se invirtió, para regresar a algo más que un equilibrio en la década de 1970. Todavía no hay señales de un retorno del capital privado a una férrea productividad y eficiencia, aunque un talón de Aquiles es discernible: su dudosa capacidad para transitar a fuentes de energía alternativas. En una perspectiva más prolongada, las relaciones capitalistas de producción pueden resultar en un conflicto fatal con fuerzas de producción ecológicamente sustentables.

La segunda condición sigue siendo una amenaza, pero enfrenta obstáculos formidables. Aunque hay muchas protestas en la China capitalista, tienden a ser muy localizadas, usualmente restringidas a una planta o pueblo. Confrontando los poderes tanto del dinero como del Estado, las protestas tienen pocos recursos de organización colectiva más amplios que la fábrica o el pueblo. Reclamos legales, así como la asamblea local y peticiones —o el ocasional disturbio local— se convierten en una salida. Los obreros de las plantas de industria pesada del norte obtuvieron un recuerdo de los tiempos de Mao cuando se les saludó como los líderes del país, y algunos trabajadores, como los de la ciudad de Liaoyang en 2002, montaron ocasionales protestas, cargadas de conciencia de clase, llevando retratos de Mao y cantando la “Internacional”. Pero la clase obrera se vio reducida por reorganizaciones industriales, como los trabajadores de los astilleros de Gdansk o los mineros del carbón de Donbass. Los jóvenes migrantes rurales poscomunistas que trabajan en las fenomenales y explotadoras fábricas del delta del río Perla no tienen recursos culturales como éstos de los

que valerse (véase la extraordinaria obra de C. K. Lee [2007a] y el volumen editado [2007b]).

Lo que podría invertir la situación sería una espiral de protestas de las clases populares y de conflicto interno del partido, que llevara a una verdadera salida comunista en la cima del oficial Partido Comunista. Tal escenario no es inconcebible, aunque no iniciaría *per se* un nuevo curso sostenible. El liderazgo de Gorbachov significó que el socialismo democrático fuera algo que podía crecer dentro del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), pero sólo como idea, no en la práctica.

En algún momento futuro, la acumulación de capital y el crecimiento económico podrían verse subordinados por un medio de subsistencia principalmente orientado a otros fines, como la seguridad y felicidad humana, la armonía social y ambiental y el desarrollo cultural. Pero ese momento aún está lejos de la China pobre. Hay más probabilidades de que la tracción de esa perspectiva proceda de Europa y Japón, o de partes de California.

Pero cualesquiera que sean las posibilidades del poscapitalismo, el capitalismo significa conflicto de clases, y una tendencia a reforzar a los trabajadores por efecto de su mismo éxito, concentrándolos y uniéndolos, y liberándolos de la deferencia tradicional. Esa parte del análisis marxista sigue aplicándose a la manufactura en el siglo XXI. El actual índice de explotación de los trabajadores en las zonas de exportación del Tercer Mundo, que incluyen a Guangzhou, Shenzhen y el resto del delta del río Perla, es insostenible a mediano plazo, y ya fue enérgicamente desafiado a principios de 2010 por las exitosas huelgas en Honda y Foxcom.

El reciente aumento de la desigualdad en la mayoría, si no es que en todas las secciones del mundo rico podría no continuar, pero en el horizonte no hay fuerzas sociales significativas con probabilidades de impulsar satisfactoriamente una reducción, con la posible excepción a corto plazo de los bonos de los banqueros. Esto se debe a que tal desigualdad no se deriva de una mayor tasa de explotación, sino de procesos de distanciamiento económico del mercado, privilegiando a los actores afortunados en la cima, desde los futbolistas televisados de la Premier League hasta ejecutivos y operadores financieros (en mecanismos de desigualdad diferentes, véase Therborn 2006). Dichos procesos pueden contrarrestarse, desde luego, pero eso requeriría una sólida integración comunitaria, para la que en el presente no hay mucha voluntad o fuerza política. Esto pese al hecho de que las ciencias sociales han producido firmes evidencias de que los países menos equitativos pagan un alto precio por su desigualdad (recientemente Wilkinson y Pickett 2009), en términos no sólo de la privación, infelicidad y humillación de los desfavorecidos, sino también del temor, costos de seguridad, crimen y violencia experimentados por los privilegiados. En cuanto a las clases medias, el comunitarismo rara vez llega más allá de su suburbio, y

las clases populares se han fragmentado y desmoralizado con el viraje a la desindustrialización. Los pobres están al margen política tanto como socialmente. Si protestan, lo harán a menudo bajo la forma de disturbios de jóvenes inmigrantes, fácilmente aislados de la corriente política dominante.

La década de 2000 vio a las clases medias salir a las calles en muchas ciudades. Mientras ganen tanto por otros medios, no es probable que haya levantamientos en China, o en India, Indonesia o Corea, donde ya existen canales democráticos de expresión consolidados. Pero la protesta de clase media persistirá quizás en el oeste de Asia y el norte de África, y llegará a Asia central y el África subsahariana. Intentos serios de atajar la desigualdad latinoamericana, o políticas que afecten de otro modo los intereses de la clase media, también podrían hacer volver a las clases medias a las calles, donde ya tienen amplia experiencia, desde Santiago de Chile en la década de 1970, hasta Caracas y Tegucigalpa en la década de 2000.

En el mundo rico, el poder intracapitalista se halla en la balanza al momento de escribir estas líneas. Hay cierto interés en refrenar la banca y las finanzas, en particular para que la economía productiva o "real" dependa menos del juego financiero. Pero quienes practican este último han hecho poderosos amigos políticos, incluidos los así llamados políticos de centroizquierda entre los demócratas estadounidenses y los nuevos laboristas británicos. Algo tendrá que darse para apaciguar la ira popular, pero la proporción de esencia y verborrea es imposible de predecir. A mediados de 2010, sin embargo, parecía que la temporada iconoclasta del liberalismo se había atenuado, y que, con ciertas reservas incorporadas, volveríamos al capitalismo de siempre, lo que significa con los mismos actores en la cima.

La dinámica mundial del capitalismo resultó sorpresivamente dividida en la crisis financiera de 2008-2009, contra el discurso de interdependencia ilimitada de la globalización. Mientras que el mundo rico y sus dominios declinaron, las economías de China e India siguieron creciendo con todo vigor, y la de Indonesia también, aunque en forma menos impresionante. Este resultado dividido entre la primera y tercera economías del mundo en una crisis global es, hasta donde sé, insólito. No debe creerse, sin embargo, que responde a la pregunta de si Estados Unidos seguirá siendo el centro dinámico del capitalismo.

La expansión de las finanzas ha vuelto volátil y propenso a crisis el capitalismo de Estados Unidos, y su manufactura ha recibido un duro golpe al perder el predominio en el campo automotriz, por ejemplo. No obstante, el capitalismo estadounidense no se ha estancado ni rezagado. Impulsado por un gasto público militar sinigual e intelectualmente incentivado por las mejores universidades del mundo, Estados Unidos sigue a la cabeza del mundo en electrónica, espacio aéreo, biomedicina, diseño de bienes de consumo y comercio minorista. Sus más cercanos competidores son, en general, antiguas potencias en

descenso, como Japón en electrónica y Europa occidental en las otras áreas, no (todavía) las empresas de los “mercados emergentes”. Parece que la única área tecnológica en la que China está cerca de la cumbre es la de energía renovable y otras tecnologías verdes, importante rama del futuro, donde la hegemonía mundial aún está por decidirse (*International Herald Tribune*, 30-31/1/2010, pp. 1-5). Es improbable que Estados Unidos conserve siempre la delantera, pero, con la posible excepción de la tecnología de energía renovable –donde ese país está bloqueado por poderosos intereses petroleros–, no hay evidencias de un deterioro inminente.

La energía renovable es, en efecto, un área en la que una economía centralizada, políticamente dirigida –un tipo de economía socialista, si se quiere–, bien podría triunfar, en la que las relaciones de producción privadas pueden ser menos funcionales. Hay un objetivo público dado –suministro de energía renovable–, y las innovaciones tecnológicas fundamentales se han hecho ya, aunque requieren más desarrollo, y el resultado dependerá en gran medida del tamaño y centro de la inversión.

Es más fácil predecir algo en relación con el capitalismo europeo y japonés. La meta de la UE en Lisboa de convertirse en la economía del conocimiento más competitiva del mundo no se materializará, ni este año, como se previó, ni en el futuro próximo. Aunque Europa occidental cuenta con productores avanzados, de autos de lujo y modas a productos farmacéuticos, su población envejecida y delimitadas universidades públicas tienen pocas probabilidades de dirigir la producción mundial de conocimientos del futuro. Por esa misma razón, aún más acendrada en un país más pequeño y envejecido, cerrado en gran medida a la inmigración, Japón jamás será el “Número 1”, como se pensaba con entusiasmo en la década de 1980.

En el campo existencial, en tercer término, presenciamos un retorno del pasado reprimido modernista, bajo la forma de la familia nuclear, el secularismo y el desarrollo, así como una afirmación de consideraciones existenciales en geopolítica.

Cuestiones de reconocimiento y respeto tanto del género como del sexo han salido a la superficie. Es probable que se les siga discutiendo, pese a la extendida respetabilidad reciente de los derechos de las mujeres, los desfiles del Orgullo Gay y el matrimonio homosexual. El asunto del lugar de la religión en la sociedad nunca fue dejado de lado por el secularismo moderno. Pero ha vuelto con nuevo vigor, en el oeste y sur de Asia y en Europa oriental y occidental en particular. Lo ha hecho por razones diferentes, en los tres primeros casos debido a fracasos o derrotas de la política secularista, el nacionalismo árabe, el socialismo del Congreso, el comunismo, y en Europa occidental por el arribo de una nueva fuerza religiosa, el islam inmigrante, y su recepción xenofóbica.

Víctimas del “desarrollo” emergen *en masse*, exigiendo disculpas, restituciones o compensación, derechos y respeto. Van desde niños pobres deportados del Reino Unido hasta niños del imperio blanco y aborígenes arrebatados a sus padres y cedidos a familias “civilizadas”, “naciones originarias” expropiadas y/o marginadas y pueblos tribales del mundo entero. En la América Latina indígena y en el noreste de India, éstos se han vuelto problemas políticos de primera línea. En India apuntalan una insurgencia de gran escala, y en América Latina insistentes demandas indígenas se plantean en casi todo el hemisferio, de México a Chile. Reconocimiento étnico y etnorreligioso, prestigio y respeto son importantes en la mayoría de los países asiáticos, de Turquía a Filipinas, y pueden volverse fácilmente conflictos explosivos y violentos en la mayor parte de África.

Las pugnas existenciales de reconocimiento y respeto, y la discusión correspondiente, también descansan en la geopolítica. La pregunta es en qué medida y de qué forma se convertirán en asuntos y conflictos colectivos. En el nivel estatal, impiden el retorno de una nueva sinósfera como centro del mundo desarrollado. Aunque están cediendo, como lo muestra el levantamiento de la prohibición coreana a la importación de la cultura japonesa, los resentimientos existenciales entre los principales miembros de la civilización sínica siguen vivos. Los chinos no han olvidado los horrores del imperialismo japonés, los coreanos tampoco los del régimen colonial nipón. La antigua superioridad china no se reconoce en ninguna parte fuera de China, y menos aún en Vietnam, donde reinó un milenio y donde, infructuosamente, intentó reafirmarse en lo militar hace sólo tres décadas.

En Asia occidental, consideraciones de reconocimiento y respeto ocupan el centro mismo del conflicto sionista-palestino. ¿Los palestinos aceptarán un Estado judío en Palestina? ¿Los sionistas aceptarán el derecho de todos los palestinos a vivir en Palestina? Hasta ahora, las respuestas son, principal aunque no universalmente, “sí”, y casi universalmente, “no”, respectivamente. Todo está contra los palestinos, a causa del implacable poder israelí, respaldado, siempre que es necesario, por el poderío del Tesoro y la maquinaria bélica estadounidenses. Pero los políticos israelíes comienzan a reparar en el destino de su antiguo aliado, el alguna vez formidable régimen del *apartheid* en Sudáfrica, e incluso quizás a la insostenibilidad de su programa bantustano.

El actual conflicto islamista-occidental tiene más probabilidades de decaer que de continuar, impidiendo nuevos e impredecibles sucesos. No es un choque de civilizaciones, sino una consecuencia coyuntural, no deseada, de la estrategia anticomunista estadounidense en Afganistán a fines de la década de 1970 y en la de 1980, que elevó a combatientes islamistas antimodernistas como salvadores del mundo. Pensando que habían derrotado a una superpotencia, éstos creyeron que podían al menos expulsar a la otra de territorios musulmanes. Esto no funcionó, ya que Estados Unidos, por supuesto, quería mantener

el control de su suministro de petróleo. El declive podía haber comenzado ahí, pero fue detenido por el espectacular ataque del 11 de septiembre de 2001, y más aún por la exagerada reacción estadounidense y “occidental” a él, con dos grandes invasiones e inmensos y draconianos campos de concentración – Bagram, Abu Ghraib, Guantánamo– donde la humillación era una “técnica de interrogatorio” sistemática. Sin embargo, el comprensible enojo y resentimiento que eso ha suscitado podría enfriarse en los años por venir, a menos que haya una nueva invasión, lo cual no es descartable. Tanto Yemen como Irán están hoy cerca de la línea de fuego. A menos que sea azuzado por recurrentes guerras estadounidenses, “occidentales” e israelíes, el islamismo violento es un fenómeno generacional, que quizá se desvanezca, como ocurrió con el anarquismo violento hace un siglo, o con la nueva “construcción del Partido Comunista” en Europa occidental hace treinta años. La idea –y la islamofobia consecuente– de que el islam conquistará el mundo habrá de evaporarse, como las esperanzas y temores del comunismo.

En cuarto término, es evidente que hoy ocurre un desplazamiento de poder geopolítico global (que pondrá fin a la posición central del Atlántico norte durante un cuarto de milenio), hasta ahora de manera pacífica, con base en la economía y demografía más que en la violencia y el poderío militar. Nuevas formas de política emergen ya, el futuro poder de las cuales sigue siendo poco claro.

¿China gobernará al mundo, como ha argumentado con enjundia el gran periodista británico, Martin Jacques (2009), ante un público entusiasta? Tal vez, pero difícilmente antes de que mi vida haya concluido su curso, por larga que pueda ser (nacé en 1941). Antes que nada, el mundo es cada vez menos gobernable, como lo han experimentado Europa y Estados Unidos en sus patios traseros africano y latinoamericano, respectivamente. En segunda instancia, China sigue teniendo un largo camino por recorrer antes de que pueda adquirir una ventaja militar y tecnológica sobre el resto del mundo. Por último, la vocación imperial cristiana euramericana de “civilizar” o “dirigir” al mundo es ajena a la civilización china, aunque no, desde luego, la idea de ser el centro dominante del mundo civilizado, al que otros deben respeto. Pero que el siglo XXI será chino, en el matizado y casi siempre refutado sentido en que el XX fue estadounidense, es una hipótesis verosímil.

Pero es igualmente probable, al menos, que la escena mundial vea surgir otros grandes actores. India ya está ahí, y no se irá. Brasil está a punto de alcanzar la largamente codiciada condición de gran potencia, empujado en el futuro próximo por recién descubiertos pozos marítimos petroleros de gran tamaño. Quizá pronto salga a escena también Indonesia, populoso país rico en recursos aún en busca de su papel político en el mundo y lastrado todavía por el deterioro cultural de largas décadas de dictadura militar. Tarde o temprano, Nigeria

triunfará, dado el tamaño de su población y riqueza petrolera. Todo visitante de África puede notar ya la conexión nigerosudafricana, migratoria, intelectual y de negocios, tanto lícitos como ilícitos. Sudáfrica es reconocida como una gran potencia regional africana; Nigeria lo será pronto.

Sin una improbable incorporación de Rusia, Europa parece destinada a una continua decadencia política en el orbe. Como significativa comerciante internacional, con una distintiva serie de derechos sociales y con una cultura política que aún no ha recuperado en gran medida la visión de la guerra como política normal, para no hablar de la idea de la guerra como gloria, la UE podría cumplir un papel de considerable influencia global. Podría ser una especie de Escandinavia a lo grande, económica y culturalmente abierta, próspera, eficiente, generosa e igualitaria en casa, preocupada, decente e inofensiva –y en sus mejores momentos, como en los años de Olof Palme, una resonante voz de razón e indignación moral– en el exterior, una influyente aunque inocua marca de inspiración para muchos, aunque despreciada por los poderosos y privilegiados.

Desafortunadamente, en mi opinión, sin duda sesgada, el escenario de Europa como la Escandinavia del mundo es poco probable. Su base política interna se ha visto seriamente debilitada, la socialdemocracia en términos sociales por la desindustrialización, y en términos políticos por la subimperialista e intensamente capitalista opción de Tony Blair y el “Nuevo Laborismo”, la democracia cristiana a causa de la corrupción italiana y la secularización neoliberal alemana. El liberalismo social fue marginado después de Keynes, los nuevos Verdes han resultado socialmente volátiles y la izquierda socialista y comunista se ha limitado hasta ahora a denunciar el proyecto europeo.

La extensión oriental de la UE, un proyecto importante y más bien exitoso, no ha añadido fuerzas progresistas a la Unión, sino al contrario. En el horizonte de 2010, la Europa oriental incorporada no alberga una sola fuerza socialdemócrata, democristiana, social liberal o ambientalista de importancia, y la única izquierda es el silenciado y poco reformado Partido Comunista de Bohemia y Moravia. Se tiene, en cambio, una amplia variedad de neoliberales, excomunistas y anticomunistas, lo mismo que de reaccionarios culturales con algunos estímulos sociales, o sin ellos. En política exterior, las nuevas elites orientales están orgullosas de ser ayudantes de los estadounidenses, suscribiendo todas ellas la invasión de Irak y proporcionando luego tropas simbólicas con destino tanto a Afganistán como a Irak.

Sin embargo, no debe descartarse que, en los años venideros, a algunos líderes europeos se les ocurra que una relación “especial” de servidumbre con el decadente imperio estadounidense no es la mejor opción europea de política exterior.

La inmigración extraeuropea es otro asunto aún sin resolver de la integración de Europa. Es una señal del éxito de ésta, un subcontinente de más

de cuarto siglos de emigración convertido en un imán de inmigración, muy gráficamente expresada en los argentinos que hacen cola en Buenos Aires para demandar el regreso a una Italia de la que sus padres o abuelos huyeron felices hace un siglo. Los países europeos han sido tomados por sorpresa por esta atracción, que ahora hace que países de emigración clásica, de Suecia a España, tengan una población de origen extranjero similar a la de Estados Unidos, de alrededor de un octavo de sus residentes. Hasta la fecha, el Estado de bienestar europeo occidental no ha sido muy atinado en el manejo de las novedosas cuestiones de la inmigración. Algunos Estados, como el danés y el holandés, alguna vez modelo de bienestar, se han vuelto historias de horror de xenofobia y hostigamiento.

Algunos mantendremos la posibilidad de una Escandinavia europea como una esperanza y meta política, pero escenarios más oscuros parecen tener más probabilidades de materializarse (cf. Anderson 2009).

Una pregunta fundamental de las décadas por venir, para la que no tengo una respuesta apropiada, es si Estados Unidos usará su formidable y sinigual poder militar para detener su probable deterioro económico relativo, y de poder político no armado. El modelo de la guerra del opio británica no es ya una opción estadounidense viable, y difícilmente un ataque a China tipo Pearl Harbor. Si Estados Unidos debiera librar una guerra con China, parece factible que ésta sea detonada por un conflicto en torno a Taiwán, o el Tíbet. El resultado más probable para mediados del siglo XXI sería un frágil *impasse* entre una China económica y demográficamente poderosa y unos Estados Unidos débiles a ese respecto, pero mucho mejor armados y, quizás, al menos tan influyentes ideológicamente como ahora.

Los canales electrónicos de la movilización han cambiado el juego de la política, aunque se desconoce cuánto y en qué dirección. Hasta ahora, sus principales efectos han sido la apertura del sistema y el desafío o socavamiento de regímenes en el poder. Hasta este momento, su impacto ha rebasado los obstáculos de nuevas formas de vigilancia. Pero un retroceso en algunas partes del mundo no es inimaginable.

La sociedad civil global podría seguir creciendo, y escudriñando y criticando a los Estados. La conectividad de la humanidad tenderá a intensificarse, con lo que emergerá una esfera pública global. Pero, como demostraron las enormes pero ineficaces manifestaciones populares contra la guerra de Irak en 2003, cuando grandes líderes estatales emprenden un curso de acción, es raro que se les pueda detener, si acaso, antes de meterse en un atolladero, como el de la guerra estadounidense en Vietnam en 1968. Los Estados seguirán dominando la política global en el futuro inmediato.

Finalmente, el modernismo cultural está siendo recentrado y reciclado, mientras que el posmodernismo parece confinado a la centroizquierda eurame-

ricana. La comunicación masiva centralizada es desafiada por el muy alto grado de comunicación electrónica interpersonal.

El modernismo debe su continuidad actual principalmente al desarrollo asiático, flanqueado por el africano y latinoamericano. Es probable que el primero se tome a orgullo el pasado de las civilizaciones asiáticas, con lo que el modernismo del siglo XXI habrá de ser en general mucho más ecológicamente consciente y existencialmente sofisticado que su predecesor. La alta cultura y el aprendizaje globales se deseuropeizarán en forma creciente, para asiaticarse. En las décadas futuras, el modernismo desarrollista tenderá a verse desafiado por las envejecidas poblaciones de Europa y Asia del este, con sus previas preocupaciones de seguridad y serenidad.

Aunque seguirán presentes en la vida social, es probable que los legados culturales se fracturen e hibridicen cada vez más. Las culturas nacionales serán reformadas, reproducidas y reempaquetadas. La migración transnacional no desaparecerá, pero la capacidad de asimilación cultural nacional no mantendrá su ritmo. El alcance de la comunicación interpersonal continuará su reciente expansión, y las desterritorializadas comunidades culturales virtuales aumentarán en importancia. El peso relativo de ambas culturas, la territorial y la virtual, no se decidirá en el terreno cultural, sino con lo que suceda en la geopolítica del poder estatal. Los choques culturales habrán de persistir, pero, como hasta ahora, más entre unidades menores, más recientes y politizadas que entre civilizaciones. Se ignora cuáles serán esos choques, pero uno probable es entre fundamentalismo religioso y hedonismo secularizado en Asia occidental y del sur, similar aunque tal vez más violento que la "guerra cultural" de fines del siglo XX y principios del XXI en Estados Unidos. Los grandes valores del sexo y el género podrían cambiar. El islamismo político militante declinará, tras haber demostrado que no tiene soluciones para los problemas ordinarios de este mundo. El ascenso poscomunista de la religión organizada en muchos países, aunque no en todos, podría amainar, aunque no hay señales de que la detenida marcha del secularismo se reanude.

La imaginación planetaria y la conciencia panhumana habrán de perdurar, y profundizarse con la incorporación a las redes electrónicas del campo afroasiático. Pero pese al mayor relieve de la perspectiva asiática, es poco probable que se desarrollen los valores universalistas y una fuerte cultura de derechos humanos. Más bien, se reforzará la conciencia de la pluralidad de los valores humanos, con interés por su coexistencia antes que por la difusión y victoria de los mejores.

Esto es un poco de lo que un académico prudente puede atreverse a decir sobre el futuro. Sin embargo, la contingencia e incertidumbre inherente al mundo social humano significa que una perspectiva diferente no puede subestimarse *a priori*, sobre todo una visión más regida por los valores y el compromiso

con la acción que por la probabilidad basada en evidencias. La juventud radical que ha escuchado, y bailado, con la pegajosa canción de los Foros Sociales Mundiales, “Otro mundo es... posible”, no está equivocada ni es ingenua. Es la esperanza del nuevo siglo, porque otro mundo es necesario.